

Biblioteca Científica Popular

SECCION I

Medicina — Higiene — Biología

HIGIENE BIOLOGICA

por el doctor Demetrio F. Salas.

Verdadera guía de la salud y la longevidad, que ha merecido universales elogios de profesionales y profanos.

Fundada en los sanos principios de un naturismo razonado y científico, la obra del doctor Salas tiene un interés y mérito reconocido por técnicos y profanos en la materia.

Numerosas ediciones se han hecho en diversos países de este libro; pero entre todas ellas, la más pulcra, cuidada y perfecta, es la de esta Biblioteca.

PRECIO: DOS PESETAS.

SECCION II

Ciencias físico-químicas y sus aplicaciones industriales

QUIMICA DEL MOTOR

(CARBURANTES Y LUBRICANTES)

por E. Sevilla Richart, ingeniero.

Importante obra de rigurosa actualidad, en la que se trata del magno problema de la producción nacional del petróleo y gasolina, haciendo, además, un detenido estudio de todos los carburantes y lubricantes para motores.

Libro utilísimo y práctico, al alcance de todos.

PRECIO: TRES PESETAS :: De venta en todas las librerías

Editorial Guerri Colectivizada. - Valencia

La SEMANA LITERARIA POPULAR



30
cts

N6

Magnífica colección de 40 cuadernos, que constituyen otros tantos episodios de las extraordinarias aventuras de un grupo de exploradores franceses que dan la vuelta al mundo en reñida competencia con otro grupo de exploradores ingleses. " "

El As de los Boy-Scouts

Por Jean de la Hire

He aquí los sugestivos títulos de los episodios.

1. El correo aéreo.—2. El auto sitiado.—3. El deporte diabólico.—4. La clave del misterio.—5. La reina de los «tuareg».—6. Las fieras del lago Chad.—7. Los últimos antropófagos.—8. Un radiograma extraño.—9. El drama etiópico.—10. Regatas interesantes.—11. El misterio del Titán.—12. La aventura india.—13. El rubí viviente.—14. Los piratas chinos.—15. El tesoro de los mogoles.—16. La lucha por la vida.—17. El terrible Ojo de Lince.—18. En el país de los osos.—19. La ciudad misteriosa.

20. El navío maldito.—21. Los robinsones polares.—22. Los rivales de Amundsen.—23. El abrazo polar.—24. En el fondo del mar.—25. El duelo supremo.—26. La inmensa tragedia.—27. La venganza de los thugs.—28. La banda de los proscritos.—29. El saco maldito.—30. La choza aérea.—31. Hermoso desquite.—32. La corriente interoceánica.—33. El ataque de los patagones.—34. Los cautivos.—35. El fantasma y el solitario.—36. Los delfines del Orinoco.—37. Los revolucionarios mejicanos.—38. Las caperúzas grises.—39. La reanudación de un «match».—40. Bajo el Arco del Triunfo.

**LECTURA INSTRUCTIVA Y AMENA
PARA LA JUVENTUD. " " " "**

Por episodios sueltos: 30 céntimos ejemplar. — Colección. 10 pesetas.

Pedidos a Editorial Guerri, colectivizada. — Valencia

La semana literaria popular

II EPOCA
N.º 6

REVISTA ILUSTRADA — — APARECE LOS SÁBADOS
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
AVENIDA DE JACINTO BENAVENTE, 20. — VALENCIA

17 ABRIL
1937

Figuras femeninas

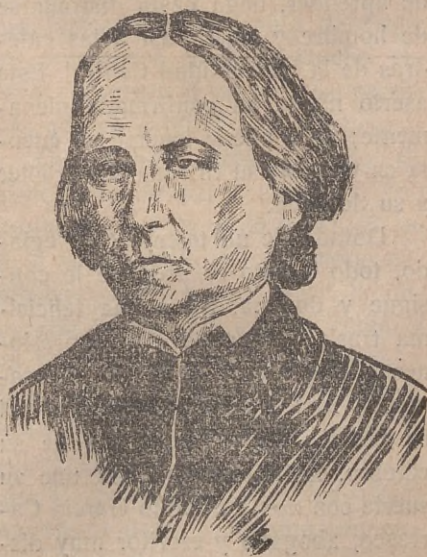
Concepción Arenal, pensadora insigne

La figura de Concepción Arenal es la más gigantesca de cuantas han surgido en el círculo, un tanto reducido, en que nuestras mujeres se destacaron en las letras, en el arte o en la acción. Es la mujer cumbre, que fué santa, en la más noble y grande acepción de la palabra, y sabia publicista. Dama gallega, cuya vida constituye un modelo de bondad, virtud y sabiduría.

Sin querer hacer aquí un estudio crítico de su labor—ya que nuestras fuerzas no llegan a tanto—, queremos, sin embargo, presentar la obra magna de esta insigne mujer, la única que ha traspasado los límites de las fronteras y ha prevalecido con la lozanía de la época en que la dió a luz.

Nació Concepción Arenal en El Ferrol, el 30 de enero de 1820, y

murió el 4 de febrero de 1893. Vida intensa, laboriosa y fecunda fué la de esta sublime mujer, legando a la posteridad una obra grande, recia y



humana, como pocas lo hicieron en el mundo.

Fué hija de un hombre patriota, que dejó los estudios para pelear con las armas en la mano por la independencia de España. Patriota muy distinto a los que hoy luchan contra las libertades del país, valiéndose de ejércitos mercenarios extranjeros y ofreciendo jirones de su patria a cambio de esta ayuda, tan inicua y vergonzosa, que no encontramos palabras para condenarla. Fué un liberal fervoroso y un hombre inteligente, a quien el absolutismo desterró de España.

Concepción Arenal, en su juventud, sufre adversidades como todos los hijos de los perseguidos; pero triunfa de todas por su amor al estudio y al trabajo. Ella sola se educa y cultiva su espíritu, y en su afán de aprender, llega hasta disfrazarse de hombre y asistir así a las cátedras de la Universidad Central. Este aserto no se ha confirmado plenamente; pero puede tenerse en cuenta en vista de su firmeza de carácter y su decisión.

Dotada de un talento privilegiado, todo cuanto se propone lo consigue y domina. Su pluma felicísima traslada al papel sus impresiones y sus ideas; pero, desdeñosamente, rompe cuanto escribe, y así se pierden frutos bellísimos de su cerebro, hasta que en 1847 une su suerte con don Fernando García Carrasco, abogado y escritor muy dis-

tinguido, y entonces, colaborando con su esposo, publica varios trabajos en "La Iberia" y da a la estampa su novela "Historia de un corazón" y más "Fábulas en verso".

En 1855 muere su marido, y Concepción Arenal, mujer ejemplar, esconde su dolor y su tristeza, primero en un rincón de la capital de Santander, y después en Galicia, dedicada exclusivamente a atender a sus hijos y a los desgraciados menesterosos, cuya ayuda y consuelo son su permanente obsesión y trabajo.

No descuida, a pesar de su retraimiento, el escribir sus numerosas obras, traducidas varias de ellas en vida suya a los principales idiomas de Europa; visitaba continuamente los hospitales, asilos y prisiones; de todas estas entrevistas sacaba provechosas enseñanzas, que trasladaba al papel impreso, procurando orientar en sentido moral y humano el régimen interior de todos estos establecimientos.

Los ratos que le dejaba libre su trabajo los dedicaba también a organizar diferentes obras benéficas, tales como la asistencia domiciliaria de los pobres, el Patronato de Señoras para la Visita y Enseñanza de los presos, la Sociedad de la Cruz Roja para la asistencia de los heridos en la guerra carlista, durante la cual estuvo cinco meses al frente del Hospital de dicha Institución en Miranda de Ebro.

Toda esta labor, desplegada con desinterés y abnegación, la hacía sin contar con capital alguno, sino robando tiempo al trabajo cotidiano que había de emplear para ganar el sustento de los suyos. Fundó, además de las instituciones ya citadas, la asociación denominada "La Constructora Benéfica"; no se conformó con auxiliar al necesitado, sino que le procuró el trabajo, que es la manera más práctica de auxiliar al obrero consciente, que no acepta la dádiva sin que él haya puesto lo necesario para merecerla con su esfuerzo.

Como mujer preparada para desempeñar altos cargos del Estado, se le confirió el de Visitadora de prisiones de mujeres, escribiendo con tal motivo luminosos informes y un *Proyecto de Reglamento de Cárceles*, que no se llevó a la práctica por ser demasiado avanzado para las gentes reaccionarias de la época en que le tocó vivir a esta excelsa mujer.

Fundó en 1870, en unión de don Antonio Guerola, la revista "La Voz de la Caridad", dedicada exclusivamente a los estudios penitenciarios y de beneficencia, en la cual llegó a escribir hasta 474 artículos durante los catorce años que tuvo de vida la citada publicación.

En cuestiones penitenciarias era considerada como una autoridad en Europa. Mandó trabajos suyos a los Congresos Penitenciarios de Estocol-

mo, Roma y San Petersburgo, y en cada uno de éstos, en la primera sesión de constitución, se acordaba por unanimidad enviarle un telegrama de felicitación por su constante labor y de sentimiento unánime por no verla en los escaños.

Fué una mujer de talento y de condiciones verdaderamente excepcionales, como lo atestigua el hecho de la Asociación Howard, al dirigirse a ella nombrándola socio correspondiente.

Para testimoniar en parte su talento y su crédito en el mundo, por suscripción pública se le erigió una estatua en Orense, allá por el año 1894. También en la Coruña se le ha erigido un monumento. En esto no hay nada de particular, puesto que a muchos otros talentos desconocidos se les testimonió en la misma forma. Era la manía de erigir monumentos a troche y moche, sin tener en cuenta el valor de las personas que en realidad lo merecían.

Gumersindo Azcárate dijo de Concepción Arenal lo siguiente: "Su originalidad y su modo de ser se refleja en su estilo. De tal modo expresivo, enérgico, que hace la impresión lo por ella escrito, como si no hubiera otra manera de decirlo y como si no quedara nada por decir. Además, es difícil hallar quien la aventaje en el arte de expresar con una frase breve lo que a los demás no nos es dado hacer sino con muchas y no cortas.

Trátase, por ejemplo, de demostrar que de nada sirve la fe sin las obras, el culto sin la moral, la liturgia sin la virtud, y ella escribe esta hermosa frase: "No es más piadoso quien habla más de Dios, sino quien le ofende menos".

Muchas fueron las obras publicadas por esta mujer singular y ejemplar, de las cuales, por no citarlas todas, porque nos llevaría demasiado espacio, merecen citarse las siguientes: "Cartas a los delincuentes", "La mujer del porvenir" (1884), "Cartas a un obrero", "Cartas a un señor" (1880), "Estudios penitenciarios", "Las colonias penales de Australia y la pena de deportación", premiada, como alguna otra más, por la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Escribió una infinidad de obras en verso, siendo las más notables: "Fábulas en verso", "Oda a la abo-

lición de la esclavitud", premiada en el concurso abierto en 1886 por la Sociedad abolicionista. Nos llevaría muy lejos el tratar de hacer aquí una relación de todo lo escrito por Concepción Arenal; con lo dicho basta para dar una idea somera del talento, de la abnegación, del amor al desvalido, que tanto la enalteció.

Si sus máximas se hubieran aplicado y sus remedios se hubiesen llevado a la práctica, la suerte de la Humanidad sería otra.

Lo que mejor caracterizó a sus escritos fué la sencillez de las voces humildes y el espíritu de abnegación y bondad de los apóstoles de una idea redentora. Con esto está dicho el mejor elogio a esta figura cumbre del sexo femenino español, con cuyo nombre ilustre nos honramos en inaugurar esta sección de nuestra revista.

EMILIO MISTRAL





Ex amor mío: Si has mirado el cuño de correos te habrás quedado estupefacta. Nada más que dos horas empleé ayer para meter en un bañil necesario. Esta mañana he llegado a Venecia. Me he hospedado en el Hotel Danicli, donde he dormido hasta las primeras horas de la tarde. Esta noche te escribo para explicarte lo inexplicable. Antes de decidirme me he calentado mucho la cabeza. Y no hubiera dado un paso si no confiara mucho en tu inteligencia y, modestia aparte, en la mía. Quiero probar. Si esta carta cayese en manos de una de esas muchachas que tanto abundan o de uno de esos imbeciles no menos abundantes, yo me consideraría como un idiota o un loco. Podría, en efecto, ocurrir que estuviese loco; pero idiota, no, con tu permiso.

Quiero, pues, probar a hacerte comprender. Lo que me induce a esperar que tú comprendas. No es la creencia en la eficacia de mi estilo—pues ya sabes que no me las doy de literato—, sino el íntimo convencimiento que tengo de no revelarte en el fondo cosas nuevas. Podrás ver que, cuando menos, te escribo una

verdad: tú no me has querido nunca. Y supongo que no te parecerá absurdo el medio de que me he valido para descubrir ese secreto tuyo. La segunda verdad consiste en que yo te quería; pero ya no te quiero, lo cual es una consecuencia directa de mi descubrimiento y te parecerá muy clara, porque en el tiempo bastante largo de nuestras relaciones debes de haber aprendido a conocer mi carácter: mezcla de orgullo y de egoísmo.

Los hombres que son así, los hombres de mi clase, sólo pueden amar de una manera: dejándose amar. Eso es lo que yo creía hacer contigo. Pero al desaparecer esa convicción, nuestras relaciones están faltas de fundamento, no tienen razón de ser, se convierten en superfluas o inútiles.

León Bautista Alberti ha escrito una máxima que es tan divina, por lo menos, como los versículos del evangelio y los mandamientos de las tablas. Dice así: "El ingenio altivo no puede amar dulcemente".

En el original es también un hermoso endecasílabo; pero yo no soy poeta y pudiera equivocarme.

Y tu sexo hace miles de años que lleva esculpida esa máxima en el corazón. La sabía antes de que fuera escrita, porque las mujeres sólo se enamoran de los imbéciles.

Se explica. Jorge Byron, que debía de saber algo en achaques de amor, ha dejado caer en los reinos bastante áridos de la sabiduría psicológica, otra gota de oro, que dice: "para los hombres es el amor un episodio; para las mujeres es la vida".

El amor, por lo tanto, es un episodio para todos los hombres. ¡Cálcula lo que será para aquellos que de antemano se fijan una misión y que suponen tener bastante ingenio y bastante energía para llevarla a cabo! Para esos, el amor no es, ni más ni menos, que un pasatiempo. Esos, como dice bien Alberti, no pueden amar dulcemente. Y las mujeres no los buscan. Las mujeres, cuando llegan a agarrarse a un hombre, pretenden sorberle el dinero, el tiempo, el talento, la vida, todo. Lo quieren tener como un objeto, entretener en él las manos como si fuera un juguete, pellizcarlo como una muñeca, cantarle cosas dulzónicas y románticas, mecerlo, pelizcarlo, atormentarlo, arrullarlo...

A todo eso sólo se avienen los cretinos. Por eso vais buscándolos, ya que la sociedad había establecido hasta ayer o anteayer—en la Historia, los decenios son días—que la mujer no debía hacer nada; ya que vosotras, a falta de cualquier ocupación, habíais dividido las horas del día entre la moda y un cretino o más cretinos.

Ahora que, según parece, algunas mujeres se ponen a trabajar; quizá aprendáis también a amar como debe amarse y seáis soportables. Esperémoslo así.

Sin embargo, creo que hay—y siempre ha existido—una clase de mujeres a las que el romanticismo se les ha subido a la cabeza, de otra manera. Quieren ser las inspiradoras del hombre de talento. Se conforman con dejar de lado cintas, dulces, caricias, bizcochos, tirabuzones, flores secas, cartitas perfumadas y todas las demás niñerías con tal de pasar ante la sociedad como la mujer o la amante del hombre de ciencia A, del literato B, del pintor C. ¿Ambición? Tal vez.

A veces son frívolas como las otras. Pero se encuentra alguna que, quizá en virtud de enormes esfuerzos, consigue en realidad no estorbar excesivamente al hombre amado. Lo que naturalmente nunca logran es *inspirarlo* como pretenden, porque eso de producir la *inspiración* es una de las muchas tonterías que, sin causa ni razón, han corrido por el mundo. La inspiración se encuentra en el fondo de la propia cabeza y no en los dedos o en los labios de ninguna mujer. De no haber existido nunca Beatriz, Laura y Eloísa, Allighieri, Petrarca y Camoens, hubieran escrito lo mismo o quizá, si fuera posible, algo mejor. Además, estas tres buenas señoras tuvieron el buen sentido de no darse a los hombres que las adoraban, porque si se hubiesen dado hubiéramos tenido hijos en vez de versos, y los hijos hubieran sido peores que los versos, porque los hijos de los grandes hombres son siempre canallas o imbéciles. Pero vengamos a lo nuestro. ¿Sabes por qué he sacado a relucir todas estas ideas mías que, al fin y al cabo, tú ya conocías, acerca del amor, de la mujer y del talento?

Porque nos afectan.

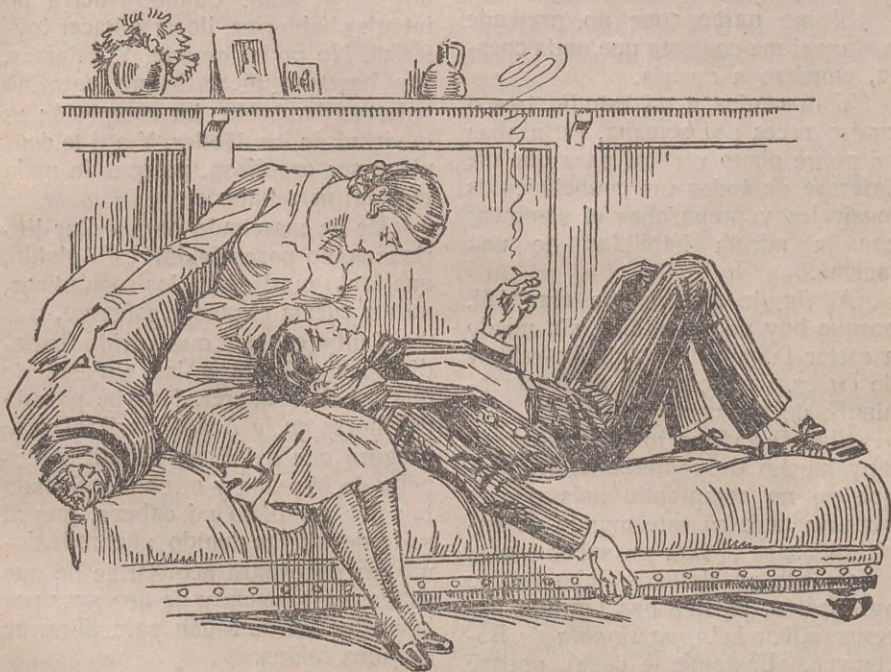
Yo, en efecto, soy un pintor que

tiene talento, según dicen los compañeros y los críticos, aunque yo siempre, modestia aparte, diría que tengo algo más. Y tú eres la *inspiradora* o al menos yo creo haberme dado cuenta de que tú pretendías *inspirarme*. Yo te dejaba hacer, no porque esperase cualquier resultado positivo, sino porque procurabas no molestarme.

sobre la tela las figuras de "Los Vencidos". Te interesaba el cuadro, según decías. Y como cuando "Los Vencidos" habían sido comprados ya, continuabas viniendo, supuse que también tú querías ser *vencida*.

La verdad es que tuve que combatir poco.

Sabía que eras una muchacha de buena familia y hasta me habías di-



Una vez nos metimos los dos, durante cinco minutos, en el vano del mismo balcón: balcón perteneciente a uno de esos salones que no me placen, pero en el que casualmente me entretuve media hora.

Luego de cruzar unas cuantas palabras me pediste permiso para visitar mi *atelier*. Volviste frecuentemente para ver cómo adelantaban

cho una vez que tenías veinticinco mil francos de dote. Tu buena familia no me interesaba; tus veinticinco mil francos, tampoco. Sé que cuando una muchacha tiene tu dote quiere casarse con un suboficial de caballería cargado de deudas y no con un pintor que gane mil francos al mes como yo.

Por otra parte, nunca me hablas-

te de matrimonio; ahora mismo, mientras te escribo, no sé si tu propósito era casarte. Pero me parece la única explicación. Indudablemente tenías un propósito, ya que, te repito, que no me querías ni me has querido nunca.

¿Quién iba a creer lo contrario?

Yo, cuando una mujer me dice "te quiero", me pregunto primero: "¿Qué diablos pretenderá?" Y luego le pregunto: "¿Cuánto cuestas?"

Si me parece que no pretende nada y si me contesta que nada cuesta, empiezo a creerla.

Y tú venías a mi estudio tres o cuatro veces por semana, torturabas mi pobre piano vertical para que me enterase de todos tus conocimientos musicales y preparabas el samowar con la misma habilidad de una musmé.

Al fin de cuentas me eras útil, porque hoy puedo hablar, sin miedo a meter la pata, de Tchaikowsky y de Grieg, de Sindig y de Rachmaninoff, de Débussy y de Raver.

Claro está que me he guardado muy mucho de comprenderlos, porque yo no comprendo más que la pintura; pero en este mundo de enciclopédicos se han de saber tantas cosas, que en el fondo debo estarte agradecido, porque has logrado hacerme silbar la *Appassionata* de Beethoven. ¡Bastante te costó, porque yo tengo muy mal oído!

Y nunca pedías nada, ¡nada! Ni tan siquiera pedías estar cerca de mí más tiempo, apoderarte de unos cuantos minutos míos, penetrar un poco en mi vida.

¿Quién no pensaría que eras completamente desinteresada?

¿Quién no te hubiera considerado como el ideal de la *femme d'artiste*?

Sin embargo... Sin embargo... No me has querido nunca.

¿Cómo y cuándo me he dado cuenta?

¿Cuándo? Ayer. Y me marché para no volver a verte. Por eso te escribo esta carta que es una despedida irrevocable. (Iba a decir ilimitada, como si el amor fuese un territorio.)

Las únicas explicaciones que te doy están aquí. Cuando vuelva no intentes hablarme, llorar o hacer tonterías. No podré creerte. Y, además, soy bastante nietzscheano para no tenerte compasión. La compasión es la virtud de los débiles. Y a ti te conviene ser orgullosa, porque de nada te serviría rebajarte.

Me he marchado para evitar lloriqueos, no para olvidarte. El olvido, que tanto martiriza a los románticos, no me cuesta el menor esfuerzo.

Tanto es así, que olvido inmediatamente hasta a las mujeres de que me dejo querer. Hoy he pasado dos horas en la Academia Real, y te aseguro que del Fiore Bellini, Antonello da Messina y otros han llenado tan por completo mi cabeza, que al salir de allí he tenido que reflexionar un poco para acordarme de que estaba en Venecia y de que ayer por la noche huí de Milán para librarme de unas faldas.

Por otra parte, hasta cuando te dormías en mis brazos, estudiaba con la fantasía la belleza de un escorzo quizá entrevisto en sueños o el color de una aurora abrigada sobre un valle de oro.

Ahora... ¡Es tan bella Venecia en invierno!

Y la Magdalena de Bellini, ¡es algo tan limpio de todo pecado! Me parece que la palabra del Redentor

la volvió más pura que las perlas que la adornan.

Pero si has llegado a leer hasta aquí tendrás curiosidad por saber la causa de que yo mudara de pensamientos respecto a ti.

Vamos a ello. La culpa es del espejo. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas el espejito que había sobre una rinconera frente a la puerta de mi estudio?

Ponía una manchita de luz blanca—tres o cuatro tonos de albayalde—entre los dos aguafuertes holandeses y un dibujo al lápiz de Cahine. El marco, bastante bueno, era de purísimo estilo imperio.

Ayer, antes de marcharme, quité de allí el espejo y se lo dejé a Cayetano junto con una nota en que le decía que lo hiciera llegar a tus manos. Aunque no te haga otro regalo, ten en cuenta que tiene el valor de un talismán, porque es el espejo de la verdad. Guárdalo como recuerdo mío.

Ayer por la tarde estuviste conmigo, tocaste un poco el piano, bordaste tres veces la *Mazurka* de salón de Tchaikowsky.

¿A qué santo la titularia *Mazurca de salón*? Lo ignoro; pero tiene gracia la cosa. Dentro de esa pieza está el rasgueo de una guitarra bohemía. Y sólo la deberían bailar los cosacos a orillas del Volga, a la luz de la luna. Las señoritas en *decolleté* de los salones se verán negras para seguir, con sus acicalados zapatitos de terciopelo, el silbido de la selva, el llanto de la nostalgia y el escalofrío pasional de esa pequeña mazurka. Además, casi toda la música de Tchaikowsky es música de gitanos...

Luego te sentaste en la *chaise-longue*... Y entonces supe que nunca me habías querido. Yo, tumbado, tenía mi cabeza sobre tus rodillas. Ni tú me veías los ojos, ni yo veía tu cara. Y así estábamos, oyendo la música del silencio que es la más variada y la más solemne. Cada cual iba tras sus pensamientos, que galopaban por ignotas comarcas. Muchas veces hemos permanecido en aquella actitud, atentos al rumor de nuestro aliento, al latido de nuestro corazón.

Cuando el hombre reclina la cabeza sobre las rodillas de una mujer, se siente en aquellos momentos de reposo, aunque no la ame, invadido por una extraña dulzura. ¿Será la tibieza de la humana almohada?... ¿Será el silencio?... No lo sé. Tenía los párpados entrecabiertos y me encontraba en ese estado en que las cosas del sueño se confunden y alternan con las cosas de la vida y éstas con aquéllas.

De pronto me di cuenta de que en el espejito del marco imperio que estaba en la rinconera y que actualmente es tuyo, podía ver toda tu cara. Tú te reflejabas sin notarlo. Y estábamos colocados de manera que tú no podías ver ni tu cara reflejada en el espejo ni la dirección de mis miradas. Te figurabas, pues, que yo no te veía. Y yo siempre he tenido una curiosidad loca por mirar a quien se cree a solas y puede ser sincero. Dos ojos y una boca que no se suponen observados adquieren expresiones en las cuales se puede percibir todo movimiento secreto del al-

ma, toda señal de una pasión pequeña, vulgar y viciosa.

Por consiguiente, espíe los rasgos de tu cara. Estaba, como siempre, bellísima. Una vez la alabé con la definición que Santo Tomás da de lo bello: *Omnis porro pulchritudinis forma unitas est*. El conjunto y los detalles de tu cara armonizan en una perfecta euritmia.

Estabas bellísima, pero horrible.

Y supe que nunca me quisiste. Había en el espejo de la rinconera una expresión que yo no te conocía y de la cual nunca te hubiera creído capaz. ¿Qué era? Cuatro sombras y cuatro luces—o quizá matices y medios tonos—nunca observadas; una contracción muscular y nerviosa que duraría un segundo. ¡Bastaba! No sé expresarme bien. Por eso al llegar aquí necesito confiarme a tu inteligencia o pedirte que hagas me-

moria. Me pasabas tu mano por entre los cabellos, acariciándome como se acaricia a un niño. ¡Oh, tu cara en aquel momento! Para pintarla se necesitaría el pincel de Goya. Era una mezcla de triunfo, ironía y desprecio; era algo que decía claramente: "Este imbécil va cayendo en mis redes poco a poco. No tardaré mucho en hacer de él lo que me plazca."

Te parecerá estrambótico, pero la expresión de tu cara me recordó la tigresa que agrarra una gacela o la araña que atrapa una mosca.

¿Qué pretendías hacer de mí? Prefiero no saberlo jamás.

Búscate otro amante para llevar a feliz término tus proyectos; pero guárdate de los espejos.

El que ya no es tuyo,

Ruggero Calori



Misterios de la Naturaleza

La enfermedad del Sol

¿Qué enfermedad tiene el Sol, que sufre erupciones violentas y manchas más o menos extensas cubren su radiante fotosfera? ¿Qué le pasa a la Tierra, que tiembla? Diremos de momento que esas agitaciones que trastornan sin cesar la faz y el interior de cada uno de esos dos astros, son signos de vitalidad.

Ya desde la antigüedad se sospechaba la existencia de las manchas en el Sol. Los chinos las estudiaban en el siglo XIV. Scheiner y Galileo fueron los primeros que las observaron con el anteojo, y éste, al declarar su existencia, fué combatido por los sabios aristotélicos de entonces, quienes decían que el ojo del cielo no podía estar atacado de oftalmía. El mismo Napoleón, sintiéndose sol sin duda, no creía en ellas.

Pero a medida que ha aumentando la potencia de los aparatos de óptica, con más evidencia se han manifestado esos signos sombríos que aparecen de vez en cuando en la atmósfera solar. Había que observarlos con detenimiento, estudiarlos, buscar conjeturas, adivinar la causa de ese fenómeno, que todavía hoy es misteriosa.

Sólo sabemos que el Sol sufre una fiebre de once años por término medio, y cada vez que aquélla llega

a su período crítico, le salen manchas, como si éstas fuesen consecuencia de una crisis violenta que se resuelve en el interior caótico de sus entrañas de fuego.

Las manchas que tan frecuentemente surgen en su atmósfera tienen por origen lo desconocido. Generalmente adoptan la forma de embudo y alcanzan hasta 3.000 kilómetros de profundidad. Algunas veces, estando el astrónomo atento a la observación del disco solar, ve aparecer un punto relativamente obscuro entre la deslumbrante luz del astro. Este punto adquiere proporciones notables, se ensancha, se estira, se abre a lo largo de su longitud una fisura que resulta negra como un abismo; alrededor de ella se extiende una penumbra, y junto a ésta, fáculas de luz blanquísima, surgen, hierven o saltan en torno de ese caótico crisol obscuro, verdadero laboratorio de combinaciones extrañas, que tiene por fondo un infierno dentro de un océano de fuego, donde fuerzas de toda naturaleza mantienen latente en el astro la conservación de su energía.

Sin embargo, esas manchas que se nos presentan tan oscuras no son tanto que sean completamente negras. Si el Sol se cubriese de man-

chas en toda su superficie, nos veríamos alumbrados por un Sol de color de rosa, y la luz que recibiríamos sería diez veces menos intensa que la que nos envía actualmente. Al lado de la cegadora radiación del astro, tal como lo vemos, esas manchas rosadas aparecen negras.

A pesar de la naturaleza física del Sol, la fotosfera se ve sacudida por fuerzas internas, que la conmueven profundamente. Los potentes hervideros del fondo la agrietan con su impulso, y surgen, por las hendiduras, chorros de fuego que alcanzan miles de kilómetros de altura; cintas de materia ígnea, más blanca que la superficie del astro, que cruzan la atmósfera solar con la velocidad de un meteoro.

La duración de una mancha no está sujeta a ningún plazo. Algunas existen horas; otras, meses, y también ha habido una que ha durado año y medio. Sus dimensiones, comprendiendo la penumbra, pueden llegar a ser de 200.000 kilómetros en la longitud de su diámetro. Para que sea visible a simple vista, se necesi-

ta que su diámetro tenga al menos cuarenta mil kilómetros.

Sin embargo, este fenómeno que tanta perturbación produce al astro solar, ha servido para conocer su movimiento de rotación. Por el movimiento regular de las manchas, Sneider descubrió que el Sol gira alrededor de su eje en veinticinco días y medio.

Cuando está en su período de gran actividad; es decir, cuando la extensión superficial de las manchas llega a ser considerable, nuestro mundo sufre también las consecuencias. En 26 de enero de 1926, una mancha enorme como no se había visto en medio siglo, produjo en la Tierra una tempestad magnética, acompañada de una gran aurora boreal.

Sin embargo, si reflexionamos un poco, nos convenceremos de que la Tierra, con manchas o sin ellas en el Sol, tiembla siempre, y su superficie humea sin cesar por un lado o por otro.

PIGMALION



¡VALENCIA, REGION AMADA!

¡Valencia, región amada,
que ante la bella alborada
de la humana redención,
elevas tu corazón
cual si fuese el relicario
del sentir humanitario,
y exaltada tu razón
buscas en ti las formas
de salvar a la Nación
por las más seguras normas!
¡Oh, región republicana
encendida cual la grana
de tus rosas y claveles!
¡Lo mismo que tus vergeles
es tu alma generosa!
¡Eres hispánica rosa
de perfume singular,
que destella el ideal
de fraternidad humana!
¡En tu Señera galana
hay destellos de tu sol,
de tu heroísmo y martirios!
Más hermosa que los lirios,

con reflejos de arrebol,
flota al viento, enajenada
—cual cabellera dorada—
ante la gesta radiosa
de tu juventud gloriosa,
que alistada en las Milicias
ofreciera las primicias
de su coraje y fervor,
para salvar a la Patria
del ejército traidor.

De tus ubérrimas huertas
en banastas bien repletas,
como graciosos tributos,
has enviado los frutos
a los frentes de combate...
Y a tu frente nada abate,
ni el trabajo, ni el pesar,
porque sabes que el triunfar
exige una condición:
¡Sacrificio, abnegación!

Yo no sé, Valencia amada,
si te guardará el Destino
una fascista emboscada.
¡Ignoro si habrá en tu Sino
días de desolación!
¡En alto tu corazón,
para que la adversidad
te encuentre bien prevenida,
con tu gente bien unida
forjada en la lealtad!

En los primeros momentos
tú plantaste los cimientos
de esta gesta proletaria;
fuiste bella luminaria
del hispánico heroísmo,
y no pudo en el abismo
de la barbarie lanzarte
el fascio tiranizante;
porque tienes en tus venas
noble sangre liberal
y rechazas las cadenas
de la negra reacción
y ama tu corazón
el más humano ideal.
Tú no puedes ser vencida,
tú no puedes ser tomada
por la canalla homicida,
porque en tu alma grabada,
con estilete divino,

llevas cual ser de tu vida
la gesta del saguntino.

Al repúblico Gobierno
has cobijado en tu seno;
y en esta empeñada lid
eres segundo de Madrid,
que, por recta trayectoria,
nos conduce a la victoria.
¡Ya la anuncia Primavera
con tus flores de azahar!
¡La presiente tu Ribera,
que comie..za a despertar,
vistiéndose de verdores!
¡Y la presienten las flores,
y la anuncia el ruiseñor
con su canto arrobador!

¡Prepara, pues, tus clarines,
y del mundo en los confines
se oigan sus claros sonos,
con vibraciones de gloria,
pregonando la victoria
del Ejército leal
sobre las huestes del mal!

Julio Menéndez García.



(Continuación.)

AMOR CANCIÓN ARABE

El fuego del sol y el brillo de la luna
y la luz de las estrellas, y las estrellas
y la luna y el sol..., eso es el amor.

Como la flor encierra en su capullo
y en el fuego la luz, así el amor se en-
cierra en el universo.

Por el amor, todo. Sin el amor, nada.
Ni el cielo, ni la tierra, ni Edén.

¡Grande es el amor! No cabe en la
tierra y hay cielo; no cabe en el cielo
y hay siete cielos.

Las sombras de Eblis, odio; en las
sombras de Eblis, ni estrellas, ni luna,
ni sol; porque odia.

El brillo que da en la cara de la tie-
rra, es el amor del cielo, besando con
su alma de sol, la hermosura de la tierra.

Nacer es un dolor; pero el dolor de
nacer es un dolor del amor.

Y vivir, amar; y morir, amar, amar.

El que muere, no muere, si sube. El que
no sube, cae. ¡Ay, caer! Caer es odiar.

Nada es nada; ser es ser. ¿Cómo es
lo que es? Sintiendo que es. Sentir, es
amar; amar, es ser, y ser, es amar: amo,
porque soy, y soy, porque amo.

Y reír, amar; y llorar, amar. El llan-
to del amor que llora, es agua para la
sed del dolor que ama; sed del cielo, cie-
lo de Alá... Alá, fuente de amor.

El cielo no llueve, llora; cuando llora,
ama; cuando ama, engendra.

Todo se olvida: amar, no se olvida.
El latir que golpea el corazón recuerda
el amor sesenta veces cada hora.

Y todo se acaba menos el amor; amor
que se acaba, suspiro de un alma que
se pierde.

Dormir no es amar, pero es soñar;
soñar es bordar con hebras de luz las
gasas del cielo con que se viste el amor.

La piedra es dura; es fría: piedra es.
Corazón que no ama, piedra es: la pie-
dra... fría y dura.

¿Por qué el león es cordero cuando lo lame la leona? ¿Por qué la leona es oveja cuando la lame el cachorro?

Las hormigas son muchas de un color. ¿Cómo sabe la hormiga distinguir su hormiga entre muchas hormigas de un color?

¿Y adónde va el polvo de la palmera macho? Va a los racimos de la palmera hembra. ¿Cómo es que el polvo de la palmera macho va a los racimos de la palmera hembra?

¡Oh, misterios! La palabra, para explicar esos misterios, es una sola. Y yo la sé: El amor.

¡Oh, amor! En todo te veo, porque así como la luz extiende claridad sobre claridad en el espacio, y el espacio anchura sobre anchura, en lo infinito, así extiendes tú, ¡oh, amor!, el aliento sobre aliento, en lo que se ve y en lo que no se ve.



Todo es amor.

Raíz, vástago, ramas, yema, cáliz... amor.

Semilla, gusano, capullo, mariposa... amor.

Alas, arrullo, nido del ave, ave... amor.

Aliento, suspiro, risas, besos del aire, aire... amor.

Flor, savia, abeja, miel de panal, panal de la abeja... amor, amor, amor.

Todo es amor.

La fe, la vista del alma; pero el amor abre los ojos del alma, para que vea lo que ve la vista del alma.

Y la esperanza, el vuelo del alma; pero las alas del alma, dos alas: una, la esperanza; otra, la fe, y en medio el amor.

Todo es amor.

La vida, recordar, gemir, esperar; conquie, ayer, y hoy, y mañana y siempre jamás, amor que fué, amor que es amor y que será.

¡Gualá!

¿Qué es gualá?

Un suspiro, es.

¿Adónde va el suspiro?

Al amor del amor.

Al amor del amor, Alá.

¡Loado sea Alá!

Quien no ame, que se muera.

Pero, ¿vive, acaso, quien no ama?...

¡Oh, piedras! ¿Amáis?

No aman, y están frías, duras, muertas.

ANZUELO

Vamos a ver los anzuelos que emplean las solteras para pescar maridos.

Es natural que, dada la propensión del ser humano a buscar su complemento en el ser del sexo opuesto, y no teniendo las mujeres, como los hombres, por razones de diversa índole, la facilidad de contraer esas uniones provisionales que satisfacen el deseo del momento, busque la mujer soltera en el matrimonio su complemento primordial.

Las muchachas, en sus hogares, en las conversaciones con sus amigas que celebran como un triunfo femenino cada boda contraída en la primera juventud, oyen diversas apreciaciones. Estas tienden, por su naturaleza, a inducir las a tratar de procurarse el novio que debe ser el futuro marido.

Tres medios fundamentales tiene la joven para llegar casi seguramente al resultado que desea. Y por las condiciones en que se desarrolla la vida moderna, estos medios constituyen los anzuelos de las pescadoras.

Son: el cebo de su hermosura, el de su riqueza y el de su inteligencia.

La sociedad constituye hoy, digámoslo humorísticamente, para dar con esta imagen una idea aproximada, una dársele a un coto cerrado en el que se celebra una cacería o un sitio de la costa en el que se lanzan al mar numerosos anzuelos para adueñarse de los peces que pasen por allí nadando.

Las muchachas corren como activos cazadores tras de los futuros maridos, y éstos tratan de escapar, de no caer bajo el fuego mortífero de unos ojos abrasadores, ni en la red de una conversación discreta o en la trampa de una aparente fortuna.

Respecto a los peces, alguno traga el anzuelo, pero luego acierta a escabullirse, escapando a favor de la corriente.

En estas condiciones, las chicas casaderas tienen por enemigo, no sólo a la listeza de los peces, sino a sus propias compañeras que disputan la pesca con parecidos anzuelos.

Esto es tan humano, que a veces basta para romper para siempre la más firme amistad femenina cuando un mismo galán se interpone entre dos pescadoras.

Las personas que suelen secundar con verdadero desinterés, aunque no siempre con tacto, las maniobras de las jóvenes pescadoras, son: su madre, sus hermanas o alguna tía solterona y descontenta de su involuntario celibato.

Para asunto tan trascendental como el matrimonio, en un país donde no existe el divorcio, no se prepara a las muchachas. Se las conduce con los ojos vendados hasta ese coto en el que debe de improvisito combatir ella, inexperta, con el hombre, avanzado por su experiencia.

Saben las chicas, por la que adquieren en poquísimo tiempo, que siendo el hombre apasionado por la belleza, es ésta el arma más poderosa de la mujer, realzada por la coquetería.

Pero siendo poderosísimo el anzuelo de la belleza para pescar marido, por efecto de la competencia y la abundancia de la oferta, y de las compensaciones que los hombres hallan en los cotos no cerrados, que muchas mujeres ven que se pasa el tiempo de su juventud, sin obtener el triunfo que vieron cierto a los dieciocho años, sin pensar en un posible fracaso.

Entonces sobreviene el más trágico período de la vida femenina; el momento en que se deciden por el primer hombre que pasa y le aceptan por esposo. Y marido improvisado, rara vez es un elegido cierto.

El segundo medio que tiene la mujer como anzuelo, para casarse, es más eficaz que el primero. Pero encierra el peligro de que contraiga una unión en la que ella va, en parte, engañada. Este medio

es la riqueza que sus padres atesoraron y con la que cuentan para la seguridad de establecer bien a sus hijas.

Y hay que decirlo porque es verdad. Siendo más atractiva para el sexo masculino la hermosura que la riqueza, si muchas hermosas quedan solteras, contra su voluntad, no quedan solteras las ricas que quieren casarse, pues unos y otros de quienes las conocen, están dispuestos a compartir con ellas la fortuna y el tálamo.

Cuando belleza y fortuna van unidas, la mujer se casa muy joven y tiene una numerosa serie de adoradores para elegir. El problema para ella consiste en no dejarse llevar de su corazón y caer en las redes del que codicia su dinero en vez de estar fascinado por el atractivo de sus encantos personales.

El tercer medio para contraer matrimonio, el tercer anzuelo, es el de cultivar su inteligencia, dando así por la irradiación de un espíritu no vulgar, realce a sus dotes naturales. Este medio tiene la innegable ventaja de que permite a la mujer, por el trato, conocer mejor que la ignorante las cualidades y condiciones del hombre que la solicita por esposa, hallar, más simpático al hombre intelectual que a los buenos mozos, y en caso de quedarse soltera administrar su fortuna directamente, si la posee, o vivir de su trabajo si carece de ella.

ARTE

La mujer puede llevar con gloria sobre su cabeza todas las coronas que en el mundo simbolizan todas las majestades. Coronas de oro y pedrería, que representan la majestad del poder; coronas de laurel, que representan la majestad del genio; coronas de flores, que representan la majestad de la virtud triunfante.

La Historia responde por nosotros; en todas las edades hay escrito el nombre de alguna gran reina. En todos los anales religiosos hay escritos nombres de inmortales heroínas de la fe. En todas las esferas del arte, en todas las manifestaciones de la belleza aparece, difundiendo resplandores de luz, el genio de la mujer.

Si es verdad que hay en su corazón, como dice algún apologista, una fibra además, la fibra del sentimiento; si es

verdad que la mujer piensa y quiere, y obra con el sentimiento, no hay por qué maravillarse de que la mujer sea el gran amigo del arte, como el arte es el gran amigo de la mujer.

ASPECTO

Si nos casamos por amor, tenemos *mujer*.

Si nos casamos por comodidad, tenemos *esposa*.

Si nos casamos por interés, tenemos *señora*.

La mujer quiere al marido, la esposa lo respeta, la señora lo tolera.

Enfermo, la mujer lo asiste, la esposa lo visita, la señora lo aguanta.

Para uno mismo, hay mujer; para los amigos, la esposa; para la sociedad, la señora.

A pie se sale a pasear con la mujer. En auto con la esposa, y se va a los teatros, a un baile, a sitios pintorescos y playas de moda, con la señora.

La mujer comparte nuestras penas. La esposa nuestros capitales. La señora nuestras vanidades, y cuando al fin se llega al término de la vida, la mujer nos llora, la esposa nos extraña y la señora viste de gran luto.

Feliz el hombre que en una sola persona encuentra aunadas las tres condiciones: *mujer, esposa y señora*.

ATRACTIVOS

Hablando con poco fundamento y con menos caridad aún, decía cierta persona de una mujer a quien conocía superficialmente: "Me es en extremo antipática. No sé cómo ha podido casarse su marido con ella. Es vulgar y nada inteligente." "Si—repuso reflexivamente un amigo suyo—. ¡Es extraño! No es una mujer inteligente, ni brillante; pero tiene el genio de la cordialidad y del afecto, y su marido debe congratularse de haberse casado con ella."

En la esfera del hogar, la gracia, la suavidad, la ternura, la paciencia y la generosidad tienen mucho más valor que todos los dones del espíritu restantes y todas las prendas intelectuales y físicas, y contribuyen, en mayor grado, a la felicidad.

La mujer que ama, comprende más que la mujer de mayor intelectualidad, cuando no tiene corazón.

Goethe, por su parte, hablando de los atractivos de la mujer, dice lo siguiente:

"Nosotros la amamos por su belleza, por su juventud, por su dulzura, por su carácter, con todas sus faltas y caprichos, y sólo Dios sabe por qué otra clase de inexplicables encantos; pero no la amamos por su inteligencia. Estimamos su espíritu cuando es brillante y puede hasta elevarla grandemente en nuestra opinión; pero no nos subyuga ni encadena sino cuando ya la amamos. Mas no es su inteligencia la que despierta e inflama nuestras pasiones."

Heriberto Spencer, piensa lo mismo que el gran poeta alemán:

"Los hombres se preocupan muy poco, comparativamente, de la erudición de las mujeres, y mucho, en cambio, de su belleza física, de su buen natural y de su juicio."

ATURDIDA

La chica bonita se encuentra en todos los sitios. En las salas de espectáculos, paseos, reuniones...

Movediza, con ese ir y venir de aturdimiento, cree ser el centro sobre el que giran los otros.

Y no se engaña, desde luego, juzgando desde el punto de vista de la atracción que produce.

Generalmente, no le falta la rueda de amistades que la aplauden y que ha llegado a ser para ella, como la "claque" para los artistas.

Estas niñas bonitas que aspiran a ser blanco de todas las miradas, tienen un erróneo concepto de exhibicionismo, y no saben (o lo saben demasiado), que cuanto menos se las ve es cuando más se las mira.

Quizá no sean malas criaturas, quizá haya en ellas pasta para mejores cosas; es posible que hasta sean ingenuas y puras; pero su aturdimiento es tanto y tan vivo, que desaparecen sus virtudes tras el gesto de locuelas y tontas.

A todos sonríen, de todo se ríen; si son bellas, parecen vulgares; si son elegantes, parecen llamativas, y si son jovencitas vivaces y frescas, parecen artificiales, pintadas y postizas.

Con su ir y venir, con sus risas demasiado sonoras, sus conversaciones de tono elevado, sus críticas impertinentes y faltas de gusto e inteligencia, atraen la mirada de los hombres; pero atraen también el comentario malévolo, que, por desgracia, no falta nunca.

Y estas chicas bonitas, que se multiplican como la mala hierba, y toman cada día más imitadoras, son las culpables de que, algunos hombres poco observadores, digan, seguros de no equivocarse:

¡Qué aturdiditas son las mujeres!

BAILE

Era el baile, en la época de nuestros venerables abuelos, el mayor enemigo de la juventud, el foco de perversión de los enamorados, la causa de todos los deslices y desgracias.

Ya lo dijo el padre Claret, en una de sus aleyas morales, que eran el pasto espiritual de la juventud de su tiempo:

“Jóvenes que vais bailando,
al infierno vais danzando.”

Pero, desde entonces, el baile forma parte de la buena educación de la sociedad, y no hay diversión más extendida entre la juventud, ni mejor pretexto para que un hombre abrace a una mujer delante de todo el mundo.

El padre Claret, en esto, salió completamente derrotado.

Y si tanto abominaba del baile, no tenía en cuenta que estuvo en su origen estrechamente unido a la religión.

Platón, ¡nada menos!, pensaba que toda especie de baile debía estar basada sobre la religión.

Entre los egipcios y en muchas partes de Grecia habían elevado el baile al más alto punto de perfección las mujeres, que venían a divertir a los convidados al final de las comidas.

Y sabía bien el padre Claret que en los primeros siglos de la Iglesia se mezclaba también el baile en las solemnidades cristianas, y estos bailes eran repetidos en el mismo santuario por los canónigos, bajo la dirección del obispo, que

desde entonces ofrendaban así a la divinidad.

A pesar de haber sido desterrados hace mucho tiempo del santuario estos bailes piadosos, a causa de la profanación a que dieron lugar más de una vez, se perpetuaron hasta el siglo XVI.

Sólo la religión musulmana rechaza el baile, y aun la música. Al mandar a las mujeres que tuvieran los ojos bajos y no agitaran los pies para no dejar ver las piernas, es claro que les prohibió Mahoma el baile, que, por otra parte, no cuenta entre los placeres prometidos a los musulmanes en su paraíso.



Del baile sagrado se deriva el baile profano, el cual se practica en un día de alegría pública o de alegría doméstica. Este baile se divide en honesto y en deshonesto, y por lo mismo no recuerdan su común origen.

El baile honesto no necesita ser definido. Este ejercicio, al cual se entregan las doncellas y los mancebos, en presencia de sus padres, es una imitación de los juegos descritos por Horacio, “que las

Gracias decentes formaban con inocentes pastoras ante los ojos mismos de Diana". Pero los sátiros se mezclaban algunas veces en ellos, cuando Diana no los veía, y de graciosos que eran, se convertían en voluptuosos y lascivos.

Los antiguos que gustaban de tomar por modelos a sus dioses, los imitaron hasta en sus extravíos, y de esta imitación nació el baile deshonesto, la danza lasciva, proscrita por la religión y por la moral.

Hombres muy célebres han cifrado toda su delicia en el baile, y aun los mismos reyes no se han desdiseñado de aprenderlo con toda perfección.

Luciano, en su diálogo sobre el baile, quiere que un bailarín sepa poesía, geometría, música y hasta filosofía. No debe ser demasiado alto ni demasiado bajo; demasiado grueso ni demasiado ilaco; debe tener el cuerpo firme y ágiles las piernas. Según él, debería ser el bailarín el más bien formado y perfecto de los hombres.

El baile, complicado actualmente con el cine y el amor, es hoy día "un artículo de primera necesidad".

En todos los bailes aparecen esos hombres extraordinarios que, ya sea por falta de brío, ya sea por simple deseo de curiosar, se quedan junto a la pared o a una columna, hasta que alguna conocida despejada les hace comprender que los bailes se organizan para que la gente baile. Otros, peores aún, se sienten molestos por la alegría de los demás. Desde luego, no es posible indultar a esa categoría de nihilistas que avinagran el ambiente.

La oposición contra la fuerza rejuvenecedora del baile equivale a la clásica lucha contra las aspas del molino de viento. Hay que dejarse arrastrar por la alegría intrínseca de la gracia del baile moderno, y sea un vals, un quickstep, un blue, un fox o un tango. Las mujeres tienen pasión por el baile y deben imitarlas los hombres, aun los tímidos, para tener un puente que salve el estrecho abismo entre los sexos, para dar lugar al paso del amor.

Intervienen en el curso de la danza la gentileza, el tacto, la facilidad de amoldarse y la confianza en sí mismo. Las damas nunca deben darse cuenta de que en una sala hay caballeros que no bailan. Estos han de reemplazar su falta de co-

nocimientos coreográficos distinguiéndose como conversadores amables y amenos.

Para los bailes en una casa particular, rige la ley no escrita, según la cual el primer baile de cada caballero corresponde a la dueña de la casa.

La juventud impetuosa no debería olvidar nunca esta regla.

Un baile no es una lección de gimnasia. En cuanto se nota un acaloramiento, deben frenarse los ímpetus en nombre de la higiene y de la estética. Los guantes de cabritilla blancos deben guardarse en casa, para usarlos solamente en fiestas oficiales muy solemnes. Un par de ellos sirve para toda la vida.

Bailando debe guardarse siempre la dirección general; no hay que saltar de habor a estribor; los polvos y la "toilette" de la compañera hay que tratarlos como "bibelots" de porcelana; al esposo y demás compañeros de la pareja con que se baila, hay que tratarlos con el debido respeto y la consideración necesaria. Hay que pedir disculpas sonriente cuando se recibe un pisotón de la pareja y más cuando se da inadvertidamente. Es de buena educación.

Durante el baile se puede ganar o perder para siempre la batalla de la vida. La batalla del amor. Discreción, modestia y valentía.

BELLEZA

Los caracteres de la belleza varían con arreglo al sexo, a la edad, al clima y a la raza. La infancia, la juventud, la virilidad y la vejez, tienen su belleza relativa.

Las razas blancas, amarillas, cobrizas, negras, poseen, respectivamente, un género de belleza peculiar a su tipo, resultando de aquí que lo que es bello para una, no lo será para la otra. El europeo, por ejemplo, considera la blancura de la piel como una cualidad; el negro sólo aprecia una de su mismo tinte; el primero pinta sus demonios de negro, para hacerlos más horribles; el segundo les atribuye una piel blanca.

La forma oval del rostro es la más linda, según nosotros, mientras que para los kalmucos lo es la redonda. Los ojos

(Se continuará.)



VENGANZA

por

Mario d'Andona

(Francisco Arimón)

(Continuación.)

—La espero entonces.

Poco después, Leonor y Celia se presentaban ante el dueño del hotel.

—Buscamos—dijo la primera—a un señor americano que ha llegado hace unos días.

—Han hecho tarde, señoritas—repuso él—. Ese señor por quien preguntan ha salido hace un momento en su automóvil.

—Pero volverá.

—No. Antes de marcharse ha pagado su factura.

La sospecha que había nacido en el corazón de la joven se acentuó a la vista de este dato.

—¿Sabe para dónde ha ido?—preguntó.

—No. Al marchar no ha dejado ninguna señal.

Leonor guardó silencio un instante.

—¿Sabe lo que vamos a hacer?—dijo a Celia.

—No.

—Ir en busca del joven.

Sin vacilar emprendieron la marcha hasta que hubieron dado con el funcionario.

—Vamos a ver, señorita—dijo éste—. Estoy deseoso de servirla. ¿En que puedo hacerlo?

—Es un asunto bastante serio el que me ha traído aquí...

—No importa. Estoy a sus órdenes.

—Se trata de Rafael Urbina.

—¡Ah!

—Estoy segura de que se ha cometido con él una infamia.

—¿Por qué lo cree así?

—Le conozco y sé que es un hombre honrado.

—A pesar de ello, hay hechos que están en contra suya.

—Sí... No lo dudo. Para comprender eso, señor juez, es necesario estar al corriente de muchas cosas... ¿Sabe usted algo del americano, con quien anduvo de paseo?

—Una sola cosa, y es que se trata de una persona respetable.

—Mi opinión es otra; pero, en fin, la cuestión es que ese hombre de quien yo sospecho bastante ha huido de esta ciudad.

—¡Huido! ¿Por qué no dice que se ha marchado?

—Es igual.

—No. El que huye es porque algo teme.

—¿Y qué? Rafael tiene muchos enemigos, y bien puede haber sido ese hombre un instrumento de ellos.

Sonrió el juez, con una sonrisa de duda.

—¿No lo cree? Ese americano estuvo paseando con Rafael. ¿Quién le dice a usted que durante el paseo no le haya sacado con habilidad la cartera para meter en ella esos billetes falsos?... Muchos casos se conocen de habilidad parecida.

—Sí. Pero no estamos ante ninguno de ellos. El acusado, señorita, no ha adoptado otro medio de defensa más que el de acusar a determinadas personas de ciertos hechos reprobables.

—¿Se ha hecho usted eco de esa acusación?

—No, mujer. ¿En qué cabeza cabe?

—En la mía. Las denuncias se deben poner en claro siempre. Pero ya que no lo ha hecho así, quiero pedirle un favor.

—Concedido. Estoy deseoso de prestar algún servicio a la nieta de don Armando.

—Gracias. ¿Conoce usted el nombre y las señas de ese americano?

—Sí. Precisamente tengo en la cartera una tarjeta suya, que yo encontré en su habitación.

—¿Cómo se llama?

—Carlos Ferrán.

—Telegráfeme usted a la Embajada de Cuba preguntando si es cierto que existe ese nombre en su país.

—¿Cree usted que no?

—Sí.

—Lo haré, entonces.

—Pero el favor no será completo si no telegrafía también inmediatamente a todos los pueblos, para que detengan a ese hombre.

—Imposible.

—¿Por qué no? ¿No comprende que si no lo hace así le da tiempo para escapar?

—Aunque así sea. Eso que usted me pide no puedo hacerlo yo.

—Fíjese.

—Nada, nada. ¿Qué otra cosa desea de mí?

—Eso solamente, señor juez—contestó Leonor con altivez.

Se despidió de él, con el corazón oprimido. Ahora empezaba a ver claramente que en aquel empeño suyo de salvar a su novio no podía contar con nadie. Solamente Celja lloraría con ella su infortunio.

A pesar de ello no sintió ni un desmayo de la voluntad. Aun sabiendo que los enemigos de Rafael disponían de poderosos medios, volvió a prometerse a sí misma desenmascarar a los infames.

Capítulo XXVI

UNA IDEA INFAME

Tres días después, Arturito llegaba a Segovia acompañado de su tía Dolores, y verificaban su instalación en la que fue casa de Carmina Alcaraz.

La impresión que a la buena señora

causó el verse instalada en la misma casa que había sido habitada por su hermano Arturo fue muy de su agrado. Habiéndole amado entrañablemente, todo cuanto fuese tener algún contacto con algo que le permitiese recordarlo, le satisfacía por completo.

Respecto al carácter de esta mujer, ya tendremos pruebas más adelante. Ahora diremos tan sólo que poseía un alma excelente; que profesaba a los millones de que era dueña un absoluto desprecio, y que todo su cariño estaba concentrado en la persona de su supuesto sobrino Arturito.

Lo primero que hizo a su llegada fue recorrer las habitaciones de aquella casa, inquirendo el destino que se le había dado por su hermano a cada una de ellas. Como ignoraba el drama allí ocurrido, su estancia allí no podía estar turbada por ninguna mala impresión. Para ella, la desaparición de Arturo Ródenas constituía una calaverada más.

Como es natural, Fernando, en unión de su familia, se apresuraron a presentarse en aquella casa para ofrecer a la noble señora sus respetos. La fatiga que mostraba doña Dolores hizo que la visita no se prolongase. A la salida les acompañaba Arturito.

—¿Qué hay?—preguntó, intranquilo.

—Todo ha salido perfectamente—replicó Fernando—. El pájaro ya ha caído en la red, y a estas horas ya ha trabado conocimiento con la celda de una cárcel.

—Entonces...

—¿Qué?

—¿No podrán verse?

—¡Claro que no! Pero no hay que olvidar a Leonor Riaño.

—¿La crees peligrosa?

—Más que a Rafael. Posee un temple de corazón que no la arredra nada.

—Eso es ahora... A medida que pasen los días sin poder ver a Urbina, irá olvidándose de este asunto.

—No lo creas. Estoy seguro de que en cuanto vea a tu tía, le cuenta todo lo que sospecha.

—También lo creo yo —corroboró Juan—. Hasta la creo capaz de hacer que, tía y sobrino, se vean en la cárcel.

—Eso sería muy peligroso—interrumpió Arturito—. Debemos hacer todo lo posible para evitarlo.

—Y se hará.

—Desde luego, a mi tía la tengo tras-

tornada, y' no cree más que lo que yó digo... Pero eso no impide para que adoptemos precauciones.

—Puedes estar tranquilo ¿Sabéis algo del sumario abierto contra Rafael?

—Nada.

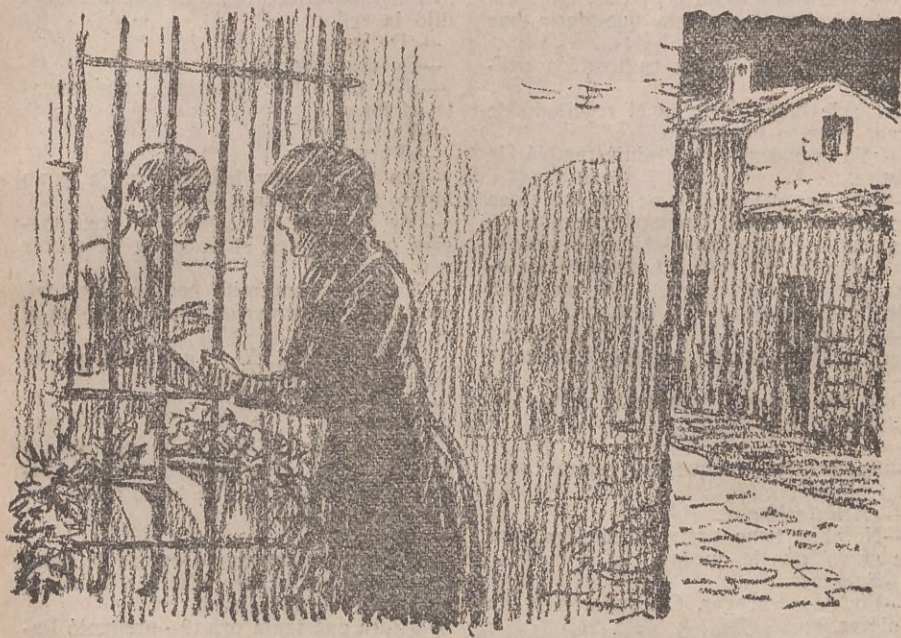
—Yo procuraré enterarme, y así obra-remos más sobre seguro.

—¿Y yo, qué tengo que hacer?—preguntó Arturito.

a cumplimentar lo que le había recomendado Fernando. Cuando llegó al domicilio de don Armando le sobrecogió el ánimo, la impresión de tristeza que se observaba en aquella casa. No obstante, hizo un esfuerzo y saludó a ambos con una sonrisa.

—¿Ya estás de regreso?—le preguntó don Armando.

—Sí. Y como pueden ver, lo primero



—Nada. Tu vida no ha de variar en nada de la que hacías antes.

—¿Y Leonor?

—La verás.

—¿Después de...?

—Sí. Tú te presentas a ella, como si no hubiese ocurrido nada, dándole las mismas muestras de cariño que siempre le hayas dado.

—Lo haré, a pesar de que le temo.

—¡Bah!

No muy gustoso, Arturito se dispuso

que he hecho es venir a saludarles.

—Te lo agradecemos, Arturito. ¿Y tu tía? ¿Ha llegado bien?

—Muy cansada.

Hubo un silencio penoso. Leonor, que no había contestado al saludo del joven, lo miraba fijamente, buscando en su rostro sus más íntimos secretos. No pudo Arturito resistir aquel silencio, que consideraba hostil, y optó por despedirse.

Antes de llegar a la puerta lo detuvo la joven:

—Suplécate a tu tía en mi nombre que me dispense si no he ido aún a visitarla... Anúnciale que lo haré mañana.

La noticia produjo en el joven un efecto deplorable. Inmediatamente la comunicó a sus amigos:

—Ya está aquí lo que esperábamos—dijo.

—¿De qué se trata?—preguntó Fernando.

—¿De qué ha de ser? Mañana irá Leonor a visitar a mi tía.

—Eso hay que impedirlo a toda costa—exclamó Juan.

—No lo creo yo así—afirmó Fernando—. Tal como están las cosas, eso sería contraproducente, puesto que daría que sospechar.

—Pero el que la vea es también peligroso.

—Desde luego. Este es el resultado de crear asuntos imposibles.

—¿Ya te desanimas?—interrumpió la madre.

—No. Es que, para que en este plan nuestro no hubiera habido peligro alguno, hubiese sido completamente preciso que el niño, en realidad, hubiera muerto... Al no haber ocurrido así, un día u otro esto se tiene que descubrir.

—¿Y qué hemos de hacer? ¿Abandonar el campo?—requirió, aterrado, Paquito.

—No.

—El peligro está resuelto si somos decididos—afirmó Juan.

—¿Cómo?

—Suprimiendo lo que nos estorbe para el triunfo.

—¿A Rafael?

—No. Ese tiene bastante con los años de cárcel que le quedan.

—Entonces...

—Podemos escoger. O Leonor o la tía Dolores.

—No, no. Eso sería muy peligroso. A mi juicio, lo que debemos hacer es seguir procediendo con la misma cautela que hasta aquí. Yo visitaré a esa señora, y disimuladamente la pondré al corriente.

—¿Qué conseguirás con ello?

—Mucho. Cuando venga Leonor a hablarle, ya no dará ella crédito a lo que oiga.

—No sé; no sé—replicó Juan, excéptico.

—De todas formas, siempre hay tiempo de recurrir a los medios violentos. Pero, que conste, que deben ser los últimos.

El gran ascendiente que Fernando

ejercía sobre ellos, los hizo desistir por el momento de la infame idea que habían concebido.

Capítulo XXVII

PREPARANDO EL TERRENO

Apartó doña Dolores la taza de café que como final de una succulenta cena tenía delante, y posó su mirada tranquila en su sobrino, entretenido en quitar la ceniza de su cigarrillo.

—Arturito. Ya que las fatigas del viaje han desaparecido, tenemos que hablar—dijo la señora.

—¿De qué, tía?

—De cosas serias.

—¡No, por Dios!—protestó, cómicamente, el joven.

—Es preciso.

—¿Para qué?

—Yo ya me voy haciendo vieja y no quiero tener preocupaciones...

—Me alarmas, tía. ¿Qué otra preocupación puedes tener, si no es la de querer a tu sobrino?

—En eso no necesito pensar. Para mí, eres tú la única persona que existe en el mundo.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Y yo que creía que no me querías lo bastante!

—¿Por qué?

—Tonterías...

—No te preocupes. En lo que voy a decirte, quizá encuentres algo de egoísmo; pero es preciso. Ya te he dicho que me siento vieja.

—Bueno.

—Por esa razón quiero que tú te preocupes de todo cuanto afecta a la administración de mi capital.

—¿Para qué tanta prisa?—preguntó Paquito, reprimiendo su alegría.

—Porque sí... Lo tengo decidido y no me podrás convencer de lo contrario... En América no me queda ya nada... Todo lo he vendido, y ahora dispongo en el Banco de una cantidad que asciende a cinco millones de pesetas.

—No está mal—dejó escapar el joven.

—Todo será para ti.

—¿Para mí?

—Sí, Arturito.

La explosión de júbilo de Paquito se tradujo en un fuerte abrazo que dió a su tía.

—¡Qué buena eres!—exclamó.

—Espera, espera—replicó, conmovida, la buena señora—. Antes de partir de América, y por si me ocurría algo en el viaje, hice testamento nombrándote heredero universal de todos mis bienes... La copia de ese testamento está depositada en un cajón de mi secreter, y el original en casa del notario que lo otorgó, que es don Anselmo Bustamante...

—Procuraré olvidarlo—replicó, jocosamente, Paquito.

—No, hijo... Como ese dinero ya es tuyo, adminístralo... Yo te daré para ello poderes...

—Hágase tu voluntad... Pero voy a pedirte un favor.

—Habla.

—No le digas a nadie lo que has hecho. Ni a Fernando siquiera.

—No veo bien eso. El, con la experiencia que tiene, podría aconsejarte.

—No importa.

—¿Es que te ha ocurrido algo con él?

—No. ¡Pero forja cada proyecto! Es un hombre que vive de ilusiones, y todos sus planes son absurdos. Estoy seguro de que me marearía.

—En ese caso, haces bien en ocultárselo.

Respiró satisfecho Paquito. Con aquella precaución suya, desaparecía el riesgo de tener que compartir con Fernando su fortuna. ¡Cinco millones de pesetas! Serían para él; exclusivamente suyas.

Unos pasos, que resonaron en el gabinete cercano, lo puso en guardia.

—Ahí viene—dijo.

En efecto. Risueño y jovial, como siempre, penetró Fernando en el comedor. Estrechó la mano que le tendía doña Dolores y dirigió un saludo a Paquito.

—Ha llegado usted tarde—le reprochó la buena señora—. Ya hemos terminado, y sólo puedo ofrecerle una taza de café.

—Que yo acepto encantado—replicó el miserable.

Mientras tomaba el brebaje ofrecido llevó su conversación a mil asuntos distintos. Paquito le oía sin pestañear. Su pensamiento estaba ocupado en la fortuna que le caía del cielo.

—¿Sabes quién me ha dicho que va a venir?—preguntó de improviso a su tía.

—¿Quién?

—Don Armando Riaño y su hija Leonor.

—¿Ah, sí? Según tengo entendido esa

muchacha es muy bonita—aventuró doña Dolores.

—Sí que lo es—afirmó Fernando—. Y lo que es mejor aún: sumamente inteligente. ¡Lástima que ese granuja le haya sorbido el seso!

—¿Quién?—interrogó ella, curiosa.

—Un individuo que llegó aquí hace poco tiempo y del cual se ha enamorado como una loca.

—¡Parece mentira! Aun cuando hay que tener en cuenta que la juventud es así...

—Aunque así sea... ¿Sabes lo que ha resultado ahora?—preguntó Fernando a Paquito.

—¿Qué?

—Lo que tenía que ocurrir... Desde un principio, ese individuo me dió a mí mala espina... Ayer ingresó en la cárcel...

—¿El?

—Sí.

—¿De qué lo acusan?

—De falsificador. Creo que le han encontrado en el baúl un fajo de billetes falsos.

—¿Y de esa clase de hombres se había enamorado Leonor?—preguntó, crédula, doña Dolores.

—Sí. Aun cuando hay que decir en su descargo que ella lo ignoraba. Hasta donde llega la audacia de ese individuo lo demuestra el que, habiéndose enterado a su llegada aquí de la historia de Arturito, urdió el plan de aparecer, a los ojos de todos, como verdadero hijo de Arturo Ródenas.

—¿Y lo creyeron?

—No. ¿Quién le iba a hacer caso? Ella ha sido la única que ha puesto algo de fe en sus palabras.

—¡Pobre muchacha! ¿Y con qué objeto quería pasar ese hombre por hijo de mi hermano?

—¿Por qué había de ser? Porque sabía que usted era millonaria.

—¿Tiene algún parecido con el pobre Arturo?

—Eso, sí. Pero nada nos dice con eso.

—¿Cuál es su profesión?

—Escritor.

—¿Sí? ¿Cómo se llama?

—Rafael Urbina.

Doña Dolores se llevó las manos a la cabeza, con un movimiento de asombro.

—¡Imposible!—exclamó—. Ese hombre a quien acusan de falsificador no puede ser Urbina el escritor.

—Lo es, sin embargo.

—No. Un hombre tan exquisito como lo es ese, no puede, de ninguna manera, ser eso...

—La realidad así lo ha demostrado, señora. Pero, en fin. Lo único sensible de todo esto es ese enamoramiento de la pobre Leonor. Espero que usted nos ayudará a quitarle esas manías de la cabeza.

—Lo intentaré.

Todavía duró el diálogo algunos minutos, tras de los cuales se despidió Fernando.

Doña Dolores se retiró a sus habitaciones con una vaga opresión de tristeza en el alma. Le parecía imposible que Rafael Urbina, su escritor y poeta predilecto, fuese un vulgar malhechor.

Lentamente se fué desnudando y se metió en el lecho. Mientras que el sueño acudía a sus ojos, sus labios se entreabrieron para recitar una de las poesías de Rafael:

“Brilla el agua transparente
de la fuente,
y es espejo de la noche sideral
su cristal.

— Las estrellas, temblorosas.
— grandes flores de oro y plata, luminosas han sentido abandonadas [sas—,
y se mecen encantadas,
como rosas desprendidas del rosal.”

El recuerdo de aquellas horas que la lectura de los libros de Rafael había hecho felices, le hizo pensar con más fuerza en el imposible de aquella acusación.

—¿Y si fuese verdad lo que él ha dicho?—pensó.

La idea de que pudiese ser ella víctima de una trama infernal urdida por unos aventureros, llenó su alma de terrores. No obstante, el sueño fué piadoso con ella y la venció por entero.

Capítulo XXVIII

EN LA CARCEL

Cuando el juez que entendía en el sumario contra Rafael recibió de manos de un ordenanza el telegrama del Embajador de Cuba, como contestación al que él le había enviado, para que le informara so-

bre la personalidad del profesor Carlos Ferrán, asomó a sus labios una sonrisa de suficiencia.

—¡Ahora le demostraré yo a esa niña que sé muy bien lo que me hago!—exclamó.

Sin apresurarse, puesto que adivinaba lo que debía decir en él, abrió el telegrama. A medida que iba leyéndolo, sus ojos se dilataban por el asombro.

—¡Atiza!—exclamó—. Ahora resulta que era ella la que llevaba razón... Aquí bien claro lo dice... “Profesor Carlos Ferrán no existe en mi país...” ¡Buena la he hecho...

Tras un corto momento de meditación, ya había adoptado una resolución. Ante todo, no le convenía que aquel telegrama fuese conocido, pues con él quedaba bien patente su ineptitud profesional. En cuanto a ordenar la detención del americano, ya era tarde.

Lo único que cabía hacer, aunque ello constituyese una injusticia, era aportar nuevas pruebas contra Rafael, a fin de que el joven resultase ser el culpable.

No hay que decir la tortura que mientras tanto sufría el joven. Ignorante de cuanto pasaba a su alrededor, sólo dos pensamientos atenazaban su alma. El que recaía en Leonor y la certidumbre de que jamás podría demostrar que su acusación contra Fernando y demás cómplices suyos era justa.

En cuanto a la joven, no esperaba volver a verla. Su recuerdo hacía que las lágrimas acudieran tumultuosas a sus ojos, puesto que ella era el único amor de su vida.

No pensó ni un instante en la acusación de falsificador que pesaba contra él. En esa cuestión ya tenía decidido lo que había de hacer. La condena sería su muerte.

Cuando más desesperado se encontraba; cuando en su corazón luchaban mil encontrados sentimientos, fué avisado por un empleado de que tenía una visita en el locutorio. Mientras se dirigía hacia allí, acompañado del celador, el nombre de Celia acudió a su memoria.

—¡Será ella!—pensó.

Un grito de alegría le llegó del alma a los labios, al ver quién era la persona que avanzaba a su encuentro.

—¡Leonor!—exclamó.

No pudieron pronunciar, ninguno de los dos, palabra alguna. La emoción que

embargaba sus almas, sólo tenía el llanto como su expresión más sublime.

—¡Creí que no ibas a venir!—exclamó él al fin.

—¿Eso has creído?

—Sí. Me figuraba que, al igual que todos, tú también habrías dudado...

—No, Rafael, no... ¿Cómo voy a creer que eres culpable? ¿Te querría, entonces?

Respiró él como si sintiera aliviado su pecho de un peso enorme.

—¡Qué feliz me haces!—suspiró—. Todo hubiera sido capaz de soportarlo menos tu desvío, Leonor.

—No pienses en esas cosas. Ahora, lo que hay que procurar es salvarte.

—Lo dudo. Aquí, encerrado, poco puedo hacer.

—Pero, ¿no te acuerdas de que yo estoy libre? Me basto para desenmascararlos... Hay una novedad que acaso no sepas.

—¿Cuál?

—Tu tía Dolores ha venido.

—¿Que está aquí?

—Sí.

—¡Pobre mujer! En manos de esos malvados no sé lo que será de ella.

—No te preocupes, Rafael. Yo me encargo de desenmascarar a esos bandidos para que no puedan hacerle daño.

—Te expones, Leonor. Los hombres que no han vacilado en perderme, no se detendrán, por daño más o menos que tengan que hacer.

—Lo sé. Pero yo me cuidaré... Esta tarde voy a visitar a tu tía.

—¿Y piensas decirle...?

—Todo...

—No me parece bien.

—¿Por qué? Se lo diré de tal manera, que, aunque no me crea, meteré la duda en su alma.

—Aunque así sea. Hasta tanto que podamos demostrar la verdad, yo creo que nuestro papel ha de ser de disimulo.

—No sé si podré.

—Es preciso. Aquí, a solas con mi pensamiento, he tenido tiempo de pensar que acaso en la acusación que pesó sobre mi padre tengan ellos culpa también...

—¿Quién sabe!

—Ese Fernando, sobre todos, es el que considero más peligroso...

—¡Parece mental! Aquí goza del respeto de todos.

—A pesar de ello. Su nombre anda mezclado en lo del robo de mi padre. El fué

la única persona extraña que entró aquel día en el despacho donde estaba la caja.

—¡Infame!

—Por eso te digo que tengas cuidado. Con tal de vencer, esa clase de gente no reparará en medios, y temo por ti... Antes que consentir que pueda ocurrirte algo, prefiero que se hunda todo.

—Procuraré disimular. Ahora, lo que hay que hacer es ver el medio de sacarte de aquí.

—No es tan fácil.

—Yo tengo esperanza. ¿No te parece que ese profesor americano pudiera muy bien ser parte en el asunto?

—¿Quién sabe!

—Yo estoy segura. La Legación de Cuba ha teleografiado diciendo que allí, en su



país, no existe tal nombre como el de un profesor.

—En ese caso, lo que procede es detenerle.

—Sí; pero ya ha salido de aquí con rumbo desconocido.

La débil esperanza que había animado el alma de Rafael se extinguió por completo.

—Entonces...—murmuró con desaliento.

—La culpa es del juez... Yo bien se lo advertí.

La llegada del celador indicando que la visita debía terminarse, puso fin al diálogo de los dos enamorados.

—¿Vendrás?—preguntó él.

—En cuanto haya algo—respondió Leonor.

Capítulo XXIX

¡DESCUBIERTOS!

Ni que decir tiene que la comidilla de toda la gente desocupada de Segovia fué la llegada de doña Dolores a aquella ciudad. La presencia de esta señora entre ellos les llenó de una gran alegría, como si todos los millones que poseía constituyesen un bien enorme para todos.

Así, nada tiene de extraño que cuantas personalidades habitaban en la capital se hubiesen apresurado a visitarla. Arturito, en unión de Fernando y sus padres, la ayudaban en la tarea enojosa de recibir visitas. Al hacerlo, lo que menos pasaba por su imaginación era el deseo de hacer menos intensas las molestias. La salud de doña Dolores era cosa que a estos malvados no interesaba nada. Su presencia allí tenía un fin algo más práctico, y era evitar que a la llegada de Leonor ésta pudiese estar a solas con la tía de Arturito.

Al hacer la joven su aparición, en el rostro de doña Dolores hubo una sonrisa de contento. La fina belleza de la joven la había impresionado gratamente, a pesar de las insinuaciones que Fernando había hecho contra ella.

—¡Cuánto me alegro de verte, hija mía!—exclamó la buena señora—. Tenía deseos de poder manifestarte mi agradecimiento por el cariño que siempre habéis demostrado a los míos...

Una sonrisa de ángel lució en los labios de Leonor.

—Mi abuelo—repuso—me encarga que le pida perdón por no haber venido.

—¡Oh! Que no se preocupe. Ya sé lo delicado que está, y en cuanto quede libre de este ajeteo de visitas, yo misma iré a verlo.

—¿Está contenta de su venida?—preguntó la joven.

—¡Oh, sí! Desde hace mucho tiempo, mi

mayor deseo ha sido reunirme con mi sobrino, y ya ha quedado satisfecho.

—¿Qué le parece la casa?

—Algo triste, ¿verdad? Pero pienso modificarla, hacer en ella obras importantes.

—¿Por qué tía?—preguntó Arturito, que hasta aquel momento no había despegado los labios.

—Quiero hacerla más comfortable, más alegre.

—Eso tiene un inconveniente.

—¿Cuál hijo?

—Que al reformarla barrerás todos los recuerdos de mi infancia.

Leonor miró al suplantador con tal dureza, que éste se vió en la necesidad de bajar los ojos. La joven no podía comprender que el cinismo se llevara hasta tan lejos.

—No pases cuidado—contestó doña Dolores—. Ya tendré yo cuidado de que eso no suceda. Ven, Leonor. Mientras que ellos fuman, nosotras daremos una vuelta por el jardín.

Pero como esto era una cosa que no les convenía, decidieron, Arturito y Fernando, acompañar a las dos mujeres.

—Esta casa, amiga mía, carece de muchas cosas... En América tenemos muchas más comodidades—iba diciendo doña Dolores—. Ahora se da el caso de que no tenemos dónde meter el auto.

—¡Bah! Por bien poco te preocupas. Precisamente hay aquí un cobertizo que puede servir admirablemente para ello.

—¿Dónde, hijo?

—Venid.

Las condujo hasta un cobertizo que había detrás de los macizos y penetraron en él para examinarlo. La mirada fiscalizadora de Leonor recorrió aquel vasto espacio. De repente, sus ojos se fijaron tenazmente en un rincón, en el cual, medio cubierto por el polvo, se veía un cochecito para niño. Si alguna duda podía albergar la joven todavía en su pecho, murió con aquella prueba palmaria.

Una palidez de muerte cubrió el rostro de Fernando, que había seguido la dirección de aquella mirada. Cuando alzó la vista para clavarla en Leonor, vió que ella lo miraba fijamente.

En el rostro de la joven había aparecido toda la cólera que le hervía dentro.

—¡Canalla!—exclamó.

El apóstrofe hizo que todos volviesen la cabeza, sobresaltados.

—¿Qué es eso?—preguntó doña Dolores.

—¿Qué va a ser?—trató de disimular Fernando—. ¿Recuerda lo que hablamos antes?

Pero Leonor, ya rotos los diques que sujetaban su ira, se dirigía, convulsa, hacia la buena señora.

—¡Son unos canallas!—dijo con exaltación—. Todos... Quieren hacerla a usted víctima de una estafa, y no pararán hasta que la dejen arruinada.

—Pero, ¿qué dice "usted", Leonor?—preguntó, atónita, doña Dolores.

—La verdad; exclusivamente la verdad... Este hombre—dijo señalando a Paquito—no es su sobrino... La mentira ha durado ya bastante tiempo, y no puede continuar más... ¡Huya! ¡Huya de ellos! La asesinarán... Son unos malvados, que sólo quieren su dinero...

Disimulando el temblor que sacudía su cuerpo, Paquito se interpuso entre la joven y su tía.

—Vamos, Leonor... ¿Por qué te pones así?—exclamó, intentando calmarla.

—¡Hipócrita!—gritó ella—. Demasiado lo sabe... ¿Por qué usa un nombre que no es el suyo? ¿Cree que no voy a tener valor para descubrirlo?

Como siempre, Paquito cayó al suelo preso de un ataque.

—No se preocupe, señora—dijo Leonor a doña Dolores, que había hecho un ademán para ir a auxiliarle—. Todo eso es fingido.

—¡Fingido!—repitió, aterrada, la buena señora.

Mientras tanto, Fernando se había colocado delante de la joven.

—¡Fuera de aquí!—dijo, imperiosamente, señalándole la puerta—. ¡Fuera!

Un rayo de ira asomó a las bellas pupilas de Leonor.

—¿Quién es usted para echarme de aquí?—rugió—. Tan infame como los otros...

Y dirigiéndose a doña Dolores, que oía todo aquello fuertemente sorprendida, le advirtió:

—¡Huya de aquí, señora! Ningún daño me ha hecho usted, y tengo miedo de lo que pueda pasarle...

Comprendió Fernando que con sus amenazas nada podía conseguir, y optó por reconvenir a la joven cariñosamente:

—¡Parece mentira, mujer!—exclamó—. Estás dando un fuerte disgusto a esta se-

ñora con esa manía que ahora te ha entrado...

Lo miró ella con desprecio infinito. Sin contestar, le volvió la espalda.

—Comprendo, sí, que usted debe sufrir por este espectáculo—dijo a doña Dolores con un ligero tinte de emoción en su voz—. Pero reconozca que era preciso. Si algún día quiere usted escucharme, yo le daré la explicación de todo esto...

—Ahora mismo—replicó la anciana, decidida.

—¿Aquí?

—No... Saldré ahora con usted.

—Vamos, entonces...

Pero volviéndose de improviso, le inclinó a que mirara el juguete.

—¿Ve usted esto?—preguntó.

—Sí... Un cochecito...

—Pues recuérdelo, puesto que esto ha de aclararle muchas cosas.

Sin hablar palabra, penetraron en la casa.

... ..
—¿Qué hacemos ahora?—preguntó Paquito, desconcertado y poniéndose en pie rápidamente.

—No lo sé—respondió Fernando—. En un instante, ha estropeado esa mujer la obra de muchos años.

—Pero algo habrá que hacer...

—Sí.

—¿Por qué no va usted a casa de don Armando para parar allí el golpe?

—Sería inútil. Lo mejor, porque es preciso, es hacer lo que dice mi padre. Obrar con energía.

Capítulo XXX

EN LA CARCEL

Caminando con la misma ligereza que lo hacía la joven, doña Dolores iba recapacitando sobre lo ocurrido.

—Tiene usted mucho valor, hija mía—le dijo con tembloroso acento todavía—. Acaba usted de lanzar sobre esos hombres una acusación que es gravísima...

—Ya hablaremos de eso, doña Dolores... Mi casa está muy cerca, y aquel es el sitio mejor para que podamos explicarnos... Pero antes quisiera que usted me acompañara a otro sitio.

—¿Adónde?

—A la cárcel.

No pudo reprimir la buena señora un movimiento de estupor.

—¿A la cárcel?

—Sí.

—¿A qué?

—Para que comprenda mejor lo que después he de explicarle, necesito que antes veamos a un preso.

—Vamos, pues... Aunque ya me figuro quién es el hombre a quien desees presentarme... ¿No es Rafael Urbina?

—Sí... ¿Es que usted lo conoce?

—Personalmente, no... Pero sus escritos, sus poesías sobre todo, me han hecho pasar horas agradabilísimas...

El elogio que doña Dolores hacía de la labor de Rafael, llenó de orgullo el corazón de la joven.

—¿Verdad que es imposible que el hombre que ha escrito esas cosas, sea un vulgar falsificador?

—Desde luego... Debe de ser algo que nosotras no podemos adivinar.

—¡Oh, sí!

Se detuvieron ante la puerta de la cárcel. A la vista de aquel edificio sombrío, la hermana de Arturo Ródenas palideció de una emoción indefinible.

—¿Aquí es?—preguntó.

—Sí.

Penetraron en la cárcel y hablaron con el director.

—Por ser la primera vez que acude usted a mí con esa demanda, le daré el permiso para que vean a ese preso.

Dió unas órdenes, y poco después ambas mujeres esperaban en el locutorio. A decir verdad, doña Dolores no estaba tranquila. Le repugnaba aquel sitio, y a no haber sido porque veía en la joven una resolución inquebrantable, hubiese desistido de aquella visita.

Sin hacer ruido apenas, apareció Rafael. Un grito de inmenso estupor escapó de los labios de la tía de Arturito.

—¡Mi hermano!—exclamó.

Le parecía que era él, que de nuevo volvía a verlo tal como ella lo dejara la última vez.

—Se equivoca usted, señora—le explicó Leonor, conmovida por el llanto sincero de doña Dolores—. Quien está delante de usted es su sobrino, que es víctima de una intriga infame.

La buena señora no acertaba a separar sus ojos de Rafael.

—¿Cómo han podido hundirte en este sitio?—preguntó, ya convencida, de que él y sólo él era el hijo de su hermano Arturo.

—Ya lo sé—respondió el joven—. Genios del mal han puesto al servicio de la infamia su gran inteligencia... Pero si quiera me cabe la alegría de que ustedes me crean un hombre honrado... Pero..., ¿cómo es que han venido?

Punto por punto, Leonor contó a Rafael todo cuanto había ocurrido en el cobertizo. La admiración que el joven sentía hacia aquella criatura, se acentuó al darse cuenta de su valor.

—¿No has tenido miedo?—le preguntó.

—¿De qué? ¿De defenderte?

—Pudieran haber atentado contra ti...

—No les temo... Ahora, cuando ya tú tía esté plenamente convencida de la verdad de mis afirmaciones, iremos a ver al juez para hacerle una denuncia en regla.

Tras una despedida emocionante, abandonaron las dos mujeres la cárcel. La millonaria sentía el aturdimiento propio de las grandes emociones. No podía concebir que Rafael fuese un falsario. Pero tampoco la verdad hallaba fácil paso en su corazón. Paquito se había ido apoderando poco a poco de su cariño, y al pensar en el engaño sentía la amargura de haber sido burlada por él.

Cuando llegaron a la casa de don Armando, doña Dolores estrechó con visible emoción las manos del anciano.

—Abuelito —dijo Leonor—. ¿Quieres contarle a esta señora todo lo que sepas de Fernando?

—Leonor, mujer...—exclamó el sabio, como una reconciliación.

—No es locura, abuelo... Acabamos de conseguir una prueba que es decisiva...

—¿Cuál?

—Ahora te la diré... Pero primero haz tú lo que te he dicho.

—¿Qué quieres que cuente? El padre de Carmina, con el cual me unía un afecto de hermano, tuvo, después de virlo, amores con una mujer, de los cuales Fernando fué el resultado. Mi amigo no quiso reconocerlo por tener ya una hija; pero, en cambio, fué un verdadero padre para él.

—¿Qué se hizo de aquella mujer?—preguntó doña Dolores.

—Era casada. Su marido hacía mucho tiempo que permanecía en su casa solo

muy cortas temporadas, para continuar viajando después. A medida que Fernando crecía, su parecido con aquel hombre se fué acentuando, hasta el punto de hacer despertar las sospechas de mi amigo Alcaraz. Pero a pesar de ello continuó protegiéndole, hasta hacer de él un hombre de provecho. Al morir mi amigo, yo le he seguido tratando, y no creo que Fernando sea el hombre que sospecha Leonor.

Alcaraz. Lo único que se abstuvo de decir fué la trágica muerte que había encontrado el anciano.

Aquella narración la oía doña Dolores en silencio. A pesar de su repugnancia por creer la verdad, ésta se iba abriendo paso, poco a poco, en su espíritu.

—Y ahora dime, abuelito—requirió la joven—. ¿Qué recuerdos evocó aquí Rafael en presencia de Fernando?

—Varios... Entre otros, el de un coche-



—Porque tú eres demasiado bueno, abuelo—replicó con viveza la joven—. Como eres incapaz de hacer el más mínimo daño, crees y te equivocas que todos son iguales... Fernando es un canalla.

—¡Mujer!

—Lo es, abuelo; lo es.

Y sin olvidar un detalle, Leonor fué refiriendo a la millonaria todo cuanto había ocurrido desde la muerte del señor

cito que él le regaló.

—¿Qué hizo, entonces, ese hombre?

—Negar ese regalo.

La mirada de Leonor buscó los ojos de la millonaria.

—¿Comprende ahora?—le preguntó.

—Sí—respondió ésta.

—Ese cochecito, abuelo, está allí, entre un montón de trastos viejos que hay en el cobertizo. Al ver que yo me fijaba en

él, el rostro de Fernando parecía el de un difunto.

—¿Será posible, Dios mío?—exclamó el anciano, apesadumbrado por lo contundente de la prueba.

—Para que veas que tu nieta no se engañaba ni estaba loca tampoco.

De los ojos de doña Dolores caían lágrimas abundantes.

—Eso quiere decir que estoy rodeada de gente perversa—dijo.

—Desgraciadamente así es. Ahora bien: ¿me permite un consejo?

—¿Cuál, hija mía?

—No vuelva usted a aquella casa.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Allí lo tengo todo... Joyas, dinero...

—Pues vaya sólo a recogerlas. Estoy segura de que esos infames, al verse descubiertos, intentarán algo contra usted.

—No... Entraré y me encerraré con llave. Las puertas son fuertes, y pueden resistir cualquier intento. Pero, ¿dónde iré después?

—Aquí tiene usted una casa, señora—ofreció don Armando.

—La acepto, amigo mío. Mañana me trasladaré aquí, y en seguida empezaremos las gestiones para sacar a mi verdadero sobrino de la cárcel. ¡Qué mundo más infame! ¡Cuánta maldad hay en él!

—No todo es maldad, señora—respondió el anciano—. También hay corazones buenos, y ahora empiezo a convencerme de que el de Rafael es excelente...

—Ya era hora, abuelito...

Se despidió doña Dolores, y Leonor se ofreció a acompañarla hasta su casa.

—Será conveniente—le dijo.

Salieron, y al pasar ante una armería, doña Dolores invitó a la joven para que entrase.

—¿Qué va usted a comprar?—preguntó ésta.

—Una pistola.

—Me parece muy bien. Con esa gente, todas cuantas precauciones se adopten son pocas. Yo también compraré una.

Un momento después salían del establecimiento, llevando cada una un arma en el bolso. En la casa solariega de Carmina se despidieron.

Cuando la millonaria entró en su casa se dirigió directamente a sus habitaciones. En el camino encontró a una de sus doncellas.

—El señorito está ya en el comedor—le indicó ésta.

—Dile que vengo algo delicada... Que cene solo.

Se refugió en su habitación después de haber dado orden de que nadie la molestase. Cerró la puerta y corrió los cerrojos con gran cuidado. Era una puerta de esas recias y pequeñas, que quedaba cruzada con una fuerte barra de hierro. Como ya no había otra entrada en la habitación, doña Dolores respiró tranquila.

De repente oyó que en la puerta daban dos golpes.

—¿Quién es?—preguntó.

—Soy yo, tía. ¿Está usted enferma?—preguntó Paquito.

—Me duele un poco la cabeza. No te preocupes...

El que la millonaria no le hubiese invitado a entrar hizo que el joven se alejase pensativo.

—¿Qué ocurre?—preguntó Fernando, que lo esperaba.

—No lo sé.

—¿Qué te ha dicho?

—Que le dolía un poco la cabeza. Se ha metido en su cuarto y ha cerrado la puerta.

—¿No te ha dejado pasar?

—No.

—Supongo que no le habrás preguntado nada respecto a Leonor.

—¡Claro que no!

—Tal como se han puesto las cosas, no me gustan nada—dijo Fernando—. Ella ha visto a ese Rafael, puesto que mi madre la ha seguido hasta la puerta de la cárcel.

—Entonces, estamos perdidos.

—Tanto como eso, no diré. Pero lo que sí podemos asegurar es que esa niña nos ha vencido.

—Todavía, no—intervino Juan—. Si me dejáis, yo arreglaré este asunto.

—¿Cómo?

—Vosotros no preocuparos. Tú, Arturito, saldrás esta noche, como de costumbre, y procura dejarte ver en varios sitios.

—¿Qué es lo que preparas, padre?—le interrumpió Fernando.

—Eso es cuenta mía. Lo que has de hacer tú es salir esta noche para Madrid.

(Se continuará.)

Los aventureros de París

por Guy de Teramond

Apasionante narración de intrigas y amores, de crímenes y delitos misteriosos, de triunfos detectivescos y maravillosas descripciones del ambiente mundano y cosmopolita

El genial novelista francés se ha superado a sí mismo en la creación de tipos admirables y sugestivos, como la condesa de van der Sée, el caballero di Torno, el detective Magroule, los hermanos Stampa, el duque de Strenzzi y otros que, aun siendo tipos secundarios, tienen un relieve y un vigor tan acentuado que se graban de un modo indeleble en la mente de los lectores

Esta magnífica obra ha sido editada en DIEZ cuadernos al precio de **30 céntimos** ejemplar. - Colección completa: **2 ptas.**

El rey de los boxeadores

Marcel Dunot, «El rey de los boxeadores», es un joven dotado de valor y audacia extraordinarios; inalterable ante las más difíciles circunstancias, afronta con serenidad, ingenio y osadía, peligros enormes y situaciones espantosas, saliendo siempre triunfante

Campeón mundial de boxeo, buscador de oro, fogonero y capitán de navío, presidente de una pequeña república americana y prisionero de guerra, su vida es una sucesión continua de hazañas maravillosas

Esta admirable novela de **José Moselli**, forma una colección de 30 cuadernos, a **30 céntimos** cada uno. - Colección: **7 ptas.**